

# **EL CIELO EN LA TIERRA**

Francisco-Manuel Nácher López

**Editorial Creación  
C/ Cartagena, 14  
28028 - Madrid**

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid con el nº M - 85717

Ilustración de portada: Dolores Conches Hernandis

*A mi esposa y a mis hijos; a mis parientes; a mis amigos y a mis enemigos; a mis conocidos y a mis desconocidos, con gratitud. Porque todos ellos me han enseñado algo.*

## ÍNDICE

Capítulos	Página
Primera parte: La siembra	
1.- Una sorpresa.....	9
2.- Lo más difícil.....	31
3.- Un conductor sorprendido.....	42
4.- La banca.....	51
5.- Los media.....	59
6.- Los sindicatos.....	72
7.- Las demás instituciones y colectivos.....	86
7.1.- Los empresarios.....	87
7.2.- El poder judicial y la abogacía.....	90
7.3.- El parlamento.....	91
7.4.- Los partidos nacionalistas.....	93
7.5.- Los restantes partidos políticos.....	96
7.6.- Los intelectuales.....	96
7.7.- Los editores de libros.....	97
7.8.- El ejército.....	97
7.9.- Los científicos.....	97
7.10.- La corona.....	98
8.- La comunicación final.....	104
Segunda parte; La cosecha	
9.- Las autoridades y personalidades.....	105
10.- El pueblo.....	109
10.1.- Noticias.....	109
10.1.1.- Renuncia a la victoria.....	109
10.1.2.- Barrio autoadaptado.....	110
10.1.3.- Proliferación de cooperativas.....	110
10.1.4.- Modificaciones en la educación.....	111
10.1.5.- Las cárceles se despueblan.....	112

**Capítulos****Páginas**

10.2.- Entrevistas.....	112
10.2.1.- El ex ladrón.....	112
10.2.2.- La ex prostituta.....	113
10.2.3.- El ex drogadicto.....	114
10.2.4.- El gran empresario.....	114
10.2.5.- El financiero.....	115
10.2.6.- El asalariado.....	116
10.2.7.- El ex mendigo.....	116
10.2.8.- El sin techo.....	117
10.2.9.- El futbolista.....	117
10.2.10.- El actor.....	118
10.2.11.- El político.....	118
10.2.11.- El médico.....	119
10.2.12.- El pequeño empresario.....	120
10.2.13.- El abogado.....	120
10.2.15.- El sacerdote.....	121
10.2.16.- El maestro.....	122
10.2.17.- El escritor.....	123
10.2.18.- El científico.....	123
11.- Los media: Editoriales.....	124
11.1.- Diario "HECHOS", Madrid.....	124
11.2.- Diario "NOVEDADES", Málaga.....	126
11.3.- Diario "AVANCE", Valencia.....	129
11.4.- Diario "HOY", Sam Sebastián.....	134
11.5.- Radio "NOTICIERO", Bilbao.....	135
11.6.- La excepción.....	135
11.6.1.- Diario "OPINION", Madrid.....	136
11.7.- "TELEMUNDO", Barcelona.....	137
11.8.- Diario "EL HERALDO", Málaga.....	140
11.9.- Diario "EL MIRADOR", Barcelona.....	141
11.10.- Radio "ATALAYA", Alicante.....	142
11.11.- Diario "LA VERDAD", Las Palmas.....	143
11.12.- Diario "EL Balcón", Barcelona.....	144
11.13.- "VISIÓN TV", Barcelona.....	145
11.14.- "EL DIARIO", Vitoria.....	146
11.15.- Diario "LA LUZ", Sta. Cruz de Tenerife.....	147
11.16.- Diario "LA ATENCIÓN", Salamanca.....	147
11.17.-Diario "MEDITERRÁNEO.....	148

<b>Capítulos</b>	<b>Páginas</b>
11.18.- Diario "LA VIDA", Logroño.....	149
11.19.- Diario "SUCESOS", Badajoz.....	150
11.20.- Diario "INFORMACIÓN", La Coruña.....	150
11.21.- Diario "VISIÓN", Oviedo.....	152
11.22.- Diario "MIRADAS", Barcelona.....	152
11.23.- "VISIÓN TV privada nacional.....	153
11.24.- Diario " LA REGIÓN", Valencia.....	154
11.25.- Diario " LA NOTICIA", Cuenca.....	154
11.26.- Diario " IMPARCIAL", Cordoba.....	156
11.27.- Diario "LA AVANZADILLA", Murcia.....	156
11.28.- Diario "EL OTEADOR", Barcelona.....	157
11.29.- Diario "HECHOS", Madrid.....	157
12.- Epilogo.....	158

# PRIMERA PARTE: LA SIEMBRA

## 1.- *Una sorpresa*

El ministro salió, cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí. El presidente, solo, sentado ante su mesa, se relajó. Era la última entrevista del día. Su "jornada laboral" había concluido. Estiró las piernas, se arrellanó en el sillón y quedó pensativo. Por fin - se dijo - hemos dado con la solución. A partir de mañana, la oposición quedará gravemente afectada y todo irá bien por una larga temporada.

- ¿Irá bien para quién? - oyó decir a alguien, muy cerca, al otro lado de su mesa. Sorprendido, dirigió su vista hacia el lugar de donde procedían las palabras y, con verdadero asombro, descubrió a un hombre maduro, bien trajeado, con barba entrecana, recortada y bien cuidada, y con unos ojos y un rostro amables y sonrientes, de pie junto a la silla que unos segundos antes ocupara el ministro. Quedó paralizado. Con un gran esfuerzo de voluntad, sin embargo, pudo sobreponerse al primer sobresalto:

- ¿Quién es usted?, ¿cómo ha entrado? y ¿qué hace aquí? - preguntó atropelladamente al intruso, al tiempo que lo fulminaba con la mirada y consideraba la conveniencia de oprimir el botón instalado bajo el tablero de su mesa, para hacer entrar inmediatamente al vigilante de puerta y poner en alerta máxima a todo el Palacio de la Moncloa.

- Sería mejor que no lo hiciese - dijo el intruso. - El presidente, sin embargo, oprimió el botón y, como una exhalación penetró en el despacho un vigilante, empuñando una metralleta y mirando en torno suyo en busca de la causa de aquella inusitada alarma. Al no observar nada anormal, se dirigió al presidente, que continuaba sentado en su sillón:

- ¿Qué ocurre, señor presidente?

El presidente dirigió la mirada hacia su visitante, extrañado de que el escolta no lo hubiese visto y, con enorme sorpresa, comprobó que había desaparecido. Como un relámpago, pasaron por su mente varios pensamientos: ¿habría sido una alucinación?, ¿qué pasaría si insistía en que había otra persona en el despacho y el vigilante no era capaz de descubrirla?, ¿surgirían sospechas sobre su estado mental? Recorrió con su mirada toda la estancia, comprobando que no había nadie más en ella. El escolta, entretanto, sin esperar respuesta alguna, había recorrido el aseo anexo y la sala de reuniones, únicas piezas que comunicaban con el despacho presidencial, y regresaba, con cara de perplejidad, sin haber encontrado nada sospechoso.

- Ha sido una equivocación.- dijo el presidente - He oprimido inadvertidamente el botón y, una vez usted aquí, he preferido ver cómo se desenvolvía. Muchas gracias.

El policía se retiró. Y, apenas la puerta se cerró tras él, el presidente vio, en el mismo lugar de antes, a su visitante misterioso. Sintió verdadero pánico, pero no se atrevió a pulsar de nuevo el fatídico botón, así que, haciendo de tripas corazón, preguntó de nuevo:

- ¿Qué es lo que quiere?

- Querer, precisamente querer, no quiero nada. Simplemente, me gustaría charlar un momento con usted; - respondió el visitante sin dejar de sonreír - no debe temer nada, ya que no soy peligroso.

- ¿Quién es usted?

- Eso no es importante.

- ¿Entonces qué es lo importante?

- Lo importante es que usted se serene, me pierda el miedo y podamos hablar tranquilamente un rato.

- ¿Sobre qué quiere hablar?

- Bueno, sobre temas generales.

- ¿Y para eso viene usted aquí, entrando en mi despacho no sé por qué medios?

- Realmente era la única manera de que me recibiese.

- ¿Pero sobre qué hemos de hablar?

- Sobre usted, por ejemplo.

- ¿Sobre mí?

- Sí. Sobre usted. Y sobre lo que estaba pensando tras la salida del ministro.

- ¿Sabe usted lo que pensaba? - preguntó, incrédulo.

- Sí. Pensaba usted que con la decisión que habían tomado, es decir, con la estrategia convenida, la oposición quedaría inerte para atacarle.

- Y es verdad.

- Sin embargo, la cuestión no es ésa.

- ¿Cuál es, entonces?

- La cuestión es: ¿eso es bueno?, ¿va a beneficiar al pueblo al que gobierna, precisamente gracias a sus votos?, ¿es honesto para con ese pueblo que ha confiado en usted pero también, en gran parte, ha confiado en sus oponentes?

El presidente quedó un momento sin saber qué decir. Él sabía muy bien que lo pactado con su ministro no era del todo honesto. Que habían acordado hacer públicas determinadas noticias, no ciertas, para desprestigiar a sus contrincantes políticos. Pero no estaba seguro de que todo eso lo supiese su visitante, por más que resultara verdaderamente misterioso y, aparentemente, conocedor de sus pensamientos. Por eso, incrédulo, insistió:

- ¿Y qué hay de malo en lo que he acordado con mi ministro?

- Que se propone usted calumniar y desprestigiar conscientemente a sus contrincantes. Y eso no es bueno ni para ellos, ni para el país ni para usted mismo.

- ¿Y qué se supone que debo hacer?

- Trabajar honradamente por su pueblo. Para eso le hicieron presidente, ¿no?

- Sí, claro - respondió pensativo el presidente. Pero, rehaciéndose en un instante, contraatacó:

- ¿Es que no estoy trabajando honradamente por mi pueblo?

- No. No lo está haciendo. Y usted lo sabe. Y yo también. Y muchos más también, pero eso no es del caso. Ni usted ni ningún gobernante del mundo están haciéndolo. Y, precisamente por eso, estoy aquí.

- Entonces no soy el único...

- No. Ya se lo he dicho. Pero eso no le exime de su responsabilidad.

El presidente no salía de su asombro. ¿Se trataba de un impertinente que, sólo Dios sabía por qué medios, se había introducido en su despacho y había sabido ocultarse de modo inverosímil, o se trataba de algo distinto? El rostro sonriente y en modo alguno amenazador de su visitante disolvían en el acto cualquier desconfianza o sensación de peligro. Pero...

- ¿No me exime de responsabilidad ante quién? - se atrevió a preguntar.

- Ante usted mismo. Ante Dios, puesto que usted asegura creer en Dios. Ante su pueblo que, una vez u otra conocerá la verdad... ¿le parecen pocos acusadores?

- ¿Y ante usted? - se atrevió a preguntar, esperando así saber más sobre su interlocutor.

- Ante mí también, pero eso no es importante. Sobre mí no hay inconveniente en que lo sepa todo. Así como sobre todos los que, como yo, trabajamos por

el bien, pues nada ocultamos. Y lo sabrá cuando proceda. Pero lo importante, lo verdaderamente importante es usted.

- ¿Usted trabaja por el bien?

- Lo intento.

- Yo también.

- Sí. Pero no en la proporción ni en la dirección que sería de desear. Y sus actos tienen mucha trascendencia para ser llevados a cabo irresponsablemente, pensando sólo en el beneficio personal o partidista o momentáneo, mientras se pone en riesgo el futuro del pueblo y aún del mundo. Tenga en cuenta que, aunque usted no lo sepa, sus actos repercuten en todo el universo.

- ¿En todo el universo?

- Sí. Hay miles, millones de seres, a los que usted no ve, que conocen sus pensamientos y sus sentimientos y sus deseos y sus actos y...

- ¿Y por qué no actúan en beneficio del pueblo? - osó interrumpir el presidente.

- Porque el presidente es usted y usted es un ser libre. Y nadie, entre los que nos dedicamos al bien, osará nunca interferir en su libertad. Pero también, como contrapartida de esa libertad, tiene una responsabilidad que, inevitablemente, recaerá sobre usted, y de la que tendrá que rendir cuentas.

- ¿Me está usted hablando del más allá?

- En parte, sí - Y, también en parte del, digamos, "más acá".

- No lo entiendo.

- Pues es fácil. Pero por el momento no quisiera entrar en esos temas. Si usted me lo permite, - dijo sentándose frente al presidente - primero intentaremos que usted se convenza de que soy un ser vivo; de que soy un hombre; de que no abrigo ninguna intención aviesa; de que poseo unos poderes sobrenaturales contra los cuales nada puede usted ni ningún otro hombre; de que soy un simple servidor del bien; y de que el más inmediato beneficiado de todo esto va a ser usted, si es que se convence y desea colaborar.

El presidente no sabía qué pensar. Todo aquello le resultaba tan extraño, tan inesperado, tan nuevo, tan de ciencia ficción...

- Sí, lo reconozco. Parece de ciencia ficción, pero no lo es. Es totalmente real, se lo aseguro.- dijo el visitante.

- ¿Puede leer mis pensamientos? - preguntó el presidente asombrado.

- Con toda claridad. Y sus sentimientos y sus deseos y su pasado y...

- ¿Conoce usted mi pasado?

- Todo.

- ¿Todo?

- Absolutamente. Y mucho mejor que usted.

- ¿Qué quiere decir?

- Que conozco, no sólo su actual vida, sino sus vidas anteriores, cosa que usted, de momento, no alcanza.

La perplejidad del presidente iba en aumento. Pero sus pensamientos fueron interrumpidos:

- No me gusta hacer alardes, puesto que no lo son, pero veo que necesitaré convencerlo de lo que le acabo de decir, ¿verdad?

- Sí... - musitó el presidente intrigado.

- Bien, ¿qué desearía que le dijese de su pasado para convencerle de que le estoy diciendo la verdad?

- No sé... - dudó el presidente - lo que usted quiera.

- ¿Le parecería suficiente el que le recordase aquel día, precisamente el 17 de marzo de 19.. en que, a los doce años, copió usted en los exámenes de matemáticas y negó haberlo hecho cuando el profesor, sospechando, se lo preguntó fiando en la honestidad de su respuesta? Es un recuerdo que guarda usted muy vivo aún. ¿O le servirá aquel otro momento en que, ya con diez y siete, engañó usted a aquella señorita, R..., prometiéndole matrimonio, con el único fin de aprovecharse de ella?

El rostro del presidente palideció, pero el visitante continuó:

- ¿Le suena el nombre de NN? ¿o le servirá, quizás, la especie que, ya metido en política, hizo circular para eliminar a su amigo XX entre los candidatos al puesto de YY? ¿o recordar el momento en que, ese mismo año, el día D, aseguró ante las cámaras de televisión que usted no había nunca hecho lo que la oposición le imputaba, mientras precisamente, estaba impulsándolo? ¿o será más efectivo recordarle la conversación de anteayer con su esposa sobre el ministro LL y su indicación de que sólo deseaba sacarle el jugo y luego se desharía de él?... ¿sigo?

- No. No siga. Pero, de todos modos, usted podría saber esto por otros medios o, mejor, suponerlo, y arriesgarse ahora dándolo todo como cierto. Y yo podría negarlo y todo quedaría igual, ¿no?

- No. Yo quedaría igual. Usted, no. Usted quedaría con una acción más en su Debe. No he de ocultarle - prosiguió - que se me advirtió que resultaría difícil convencer de la verdad a los políticos. Ni que había compañeros que no tenían fe en esta actuación mía. Pero yo creo en el hombre. Y veo todo el dolor que se está infligiendo innecesariamente a la Humanidad por unos políticos desconocedores de que están manejando energías potentísimas sobre ellos enfocadas y que van a tener que pagar cosas terribles y experimentar dolores sin cuento por edades sin cuento, y he creído, en su propio beneficio, que valía la pena intentarlo.

- ¿Intentar qué? ¿Y de qué energías potentísimas habla?

- Aunque le parezca extraño, tanto usted como los demás dirigentes de la Humanidad, en cualquier aspecto - político, empresarial, religioso, sindical,

económico, artístico, científico, etc. - ostentan el poder que tienen porque lo han merecido y se espera de ustedes que ese adelanto evolutivo frente a los demás hombres, ayudado por las energías que en ustedes se enfocan, sirva para mejorar a todos en todos los aspectos. Desgraciadamente, sin embargo, es demasiado frecuente que esas energías sean desviadas por ustedes hacia vertientes negativas y egoístas que hacen más daño aún. Así es como ustedes van labrando su propio futuro y su propio karma y... el de sus pueblos. Lo que valía la pena intentar es, por tanto, hacer ver a los políticos y dirigentes, entre los que usted se cuenta, que la Verdad es ésa y termina siempre por imponerse, porque es una ley natural.

- ¿Y cómo pretende demostrarnos a los políticos que dice usted la verdad y que debemos creerle?

- Como usted quiera. ¿Qué le convencería más?

- No sé. Me gustaría saber quién es usted. ¿Puedo saberlo?

- Sí, claro. Yo soy español y, por tanto, uno de sus súbditos, aunque he de reconocer que no lo voté. Y soy padre de familia. Pero he evolucionado más deprisa que otros, y más despacio que otros también, no se trata de presumir, - añadió sonriendo - y ello me permite hacer cosas que la mayor parte aún no pueden, aunque, con el tiempo, todos llegarán. Soy lo que se denomina generalmente un iniciado de cierto grado que actuó también como un Auxiliar o un Amigo Invisible; un hombre que, durante el día lleva una vida normal, cumpliendo lo mejor que puede con todas sus obligaciones de todo tipo y, luego, aprovecha las horas de sueño y recuperación del cuerpo físico para, actuando en sus vehículos superiores, canalizar energías, ayudar a quien lo necesita, evitar accidentes innecesarios, sugerir ideas, realizar o colaborar en operaciones en hospitales o fuera de ellos, prestar primeros auxilios, salvar vidas, etc., siempre que el karma de las personas implicadas lo permita. Y ello gracias, entre otras, a la facultad de poder leer en la memoria de la naturaleza y a la de abandonar voluntaria y conscientemente el cuerpo físico y presentarme y materializarme donde desee. O materializar la parte del cuerpo que necesite. O desmaterializarse cuando me convenga o me apetezca.

- ¿Eso es lo que ha hecho antes, cuando ha entrado el policía?

- Sí. Y veo en su pensamiento que está surgiéndole la pregunta de si ese policía hubiera podido acabar con mi vida si hubiese disparado hacia donde yo estaba, aunque invisible en ese momento. Y he de responderle que no. No me hubiera matado. Ni siquiera me hubiera herido. Ni aunque me disparase ahora que estoy materializado. Ni me quemaría en un incendio, ni me ahogaría en una inundación, ni sería aplastado en un terremoto, ni me afectaría un huracán.

- ¿Entonces es usted invulnerable?

- Desde su punto de vista, sí. Sólo podría usted acabar conmigo si matase mi cuerpo físico que, en estos momentos, se encuentra en mi casa, reposando sobre

el lecho. Pero eso sería una tontería por su parte porque, por un lado, yo no supongo ningún peligro para usted ni para nadie ni pretendo, por tanto, hacerle ningún daño; en segundo lugar, porque ningún beneficio obtendría con mi eliminación; en tercer término, porque existen miles de personas como yo y alguno recogería el testigo; y, además, porque mi desaparición sólo supondría un pequeño incidente en mi evolución, que se vería acelerada, pero un enorme obstáculo en la suya, que se vería gravemente perjudicada.

- ¿Y cómo ha logrado usted esos poderes tan especiales?

- Mediante el servicio altruista y desinteresado al prójimo. Lo mismo que estoy haciendo ahora. Es el único medio. Y deseche ese atisbo de pensamiento sobre la posibilidad de crear un ejército con personas como yo. No es posible. Nosotros servimos sólo al bien. No buscamos notoriedad ni fama ni dinero ni poder. Ya estamos de vuelta de todo eso, que quedó muy atrás en nuestro pasado. Y sólo pretendemos el bien para todos, sin ninguna distinción. Y ayudamos, aunque discretamente y casi siempre de modo invisible, a quien necesita de nuestros auxilios. Este caso es sólo una excepción en nuestro quehacer diario, una especie de experimento para ver de acelerar la evolución de la Humanidad en su conjunto y evitarle toda la serie de sufrimientos con que sus dirigentes políticos y demás la están obsequiando, por simple ambición de poder, desde hace muchos milenios.

- ¿Entonces va usted a hablar con más políticos como está haciendo conmigo?

- Sí. Se me ha autorizado a hacer el intento. Por supuesto, sólo puedo hablarles de uno en uno, con algunas excepciones, que no son del caso. Y usted es mi primera visita.

- ¿Por qué?

- Porque es el presidente del Ejecutivo.

- ¿Y luego?

- Luego hablaré con los presidentes de los partidos de la oposición, con los dirigentes sindicales y empresariales, con los grandes financieros, con las jerarquías religiosas, con los principales intelectuales y con quienes considere interesantes a estos efectos...

- Es un plan muy ambicioso.

- Sí. Para eso cuento con la ayuda de arriba y la de las leyes naturales.

- ¿Pero Dios no podría cambiarlo todo si quisiese?

- Pero no quiere. Él quiere que cada hombre, en el pleno uso de su libertad, evolucione hasta alcanzar el estatus divino. Todo hombre es un ser creador, como Dios, pero ha de desarrollar las facultades divinas, que tiene en embrión dentro de su espíritu, lo mismo que el botón floral se transforma en flor. Y lo ha de hacer libremente, es decir, con el riesgo de equivocarse, equivocándose de hecho, y

teniendo luego que pagar por ello en virtud de las leyes naturales, e ir aprendiendo así las distintas lecciones. Eso es la evolución.

- ¿Entonces, por qué interviene usted?

- Primero, porque yo no soy Dios, sino un hombre como usted y, segundo, porque la evolución no supone que uno no pueda recibir ayuda. De hecho, y sin que nos demos cuenta, estamos todos recibéndola continuamente.

- ¿Cómo?

- Mediante los padres, los familiares, los maestros, los amigos, los libros, las relaciones con los demás, las ideas, las modas, las noticias, la publicidad, la técnica, etc., ¿no lo ve así?

- Sí.

Pues en este caso es igual. Yo soy un hombre que ha evolucionado un poco más que usted, lo cual me permite saber más, prever mejor - ya sabe usted que la información es poder - y he pensado que no le vendrían mal unos conocimientos que, por supuesto usted, como todos los demás, serán libres de decidir utilizar o no y, en el primer caso, en qué grado y de qué manera.

- Me deja usted sin habla. Pero, vamos a ver, ¿es usted un ángel?, ¿le envía Dios?, ¿ve usted a Dios?

- Yo soy un hombre, ya se lo he dicho. Los ángeles pertenecen a una oleada de vida anterior a la humana y trabajan permanentemente con los hombres, los animales y los vegetales, lo mismo que nosotros lo hacemos con los animales, los vegetales y los minerales, que son las tres oleadas de vida que nos siguen. Pero los hombres no los perciben, a no ser que...

- ¿Qué?

- Que hayan desarrollado la visión etérica.

- ¿Y eso qué es?

- Un pequeño paso adelante en el desarrollo del sentido de la vista. Tenga en cuenta que somos seres en plena evolución y, lo mismo que hay ciegos y daltónicos y miopes, hay quien ha avanzado más y, por tanto, ve más. Pero no siempre fuimos como ahora, ni todos somos iguales. De hecho, no hay dos hombres exactamente iguales.

- Claro. Ya comprendo. Pero, ¿hay mucha gente que haya desarrollado esa visión etérica?

- Muchos. Y cada día son más. Lo que ocurre es que unos no suelen decirlo por miedo a hacer el ridículo, dado el ambiente de incredulidad actual. Y otros, porque saben más y creen conveniente callar.

- ¿Entonces quién le envía?

- Verá: Yo he propuesto a mi superior, que es otro hombre como nosotros, pero enormemente más evolucionado que yo, y que forma parte de la Jerarquía que

dirige la evolución humana, permiso para hacer este trabajo porque creo que puede ayudar a la Humanidad. Y él, tras considerarlo y llegar a la conclusión de que quizás el actual desarrollo mental de todos los hombres es suficiente, me lo ha autorizado, aunque no es normal este tipo de actuaciones. En contrapartida, claro, cargaré con los resultados de todo esto, buenos o malos, como responsable de ello que soy.

- ¿Qué quiere decir?

- Que cada cual, como le he dicho, responde ante las leyes naturales de las consecuencias sobre los demás, de sus propios pensamientos, deseos, emociones, sentimientos, palabra y obras, y aún omisiones, aunque estén cargados de buena intención. Y existe una ley de Acción y Reacción o de Retribución o del Karma, que hace que cada cual experimente en sí mismo, en el período entre cada dos vidas sucesivas, todo el mal y todo el bien que, de cuantas energías haya puesto en funcionamiento en la última existencia, se hayan derivado. Eso es lo que nos hace evolucionar, ya que nuestro Yo Superior, que es nuestro verdadero Yo, toma nota de los aciertos y de los errores y, la próxima vez, en la próxima vida y en todas las futuras, escuchará la voz de la conciencia que le advierte antes de repetir un error, o la de la virtud, que le inclina a reincidir en un acierto. Así adquirimos hábitos y puntos de vista y tendencias, con los cuales construimos un cuerpo cada vez más perfecto con el que nacemos la siguiente vida. Y en cada vida, además, hemos de compensar con amor y servicio el daño causado y hemos de experimentar las deficiencias físicas, emocionales o mentales derivadas de las distorsiones causadas por nuestra anterior conducta en los arquetipos de nuestros cuerpos. Por eso digo que seré responsable de todas las consecuencias que de esta operación excepcional se puedan derivar. Pero ya le he dicho también que creo en los hombres y he decidido asumir el riesgo en beneficio de la Humanidad. ¿Qué le parece?

- No sé que decir. Me parece muy atrevido. ¿Tanta confianza tiene usted en nosotros?

- Sí. Pero, sobre todo, en la Jerarquía que me apoya y, por encima de ella, en Dios que, de un modo que resulta casi incomprensible que el hombre no lo perciba, nos está permanentemente rodeando con Su amor, con Su asistencia, con Su solicitud...

- Todo esto es tan extraño que no sé qué pensar ni qué hacer ni qué decir. Tenga en cuenta que no hay precedentes de algo así.

- Lo sé. Pero eso no es motivo suficiente para dudar. Tampoco ha habido nunca un presidente en España que se llame como usted ni que sea como usted. Ni ha habido nunca un día como hoy, con las mismas circunstancias nacionales ni internacionales. Ni ha tenido nunca que tomar decisiones como las que adopta diariamente... Y, sin embargo, todo eso no le parece raro.

- Tiene razón. Pero yo me refería a que su aparición en mi despacho y la misión que le trae es algo, para mí, totalmente nuevo.

- Y para mí. Pero eso no cambia nada. ¿O es que pensaba usted estar siempre haciendo lo mismo?

- No, claro. No sé cómo expresarlo...

- No hace falta. Lo leo en su mente, pero he creído conveniente que tratase usted de concretárselo a sí mismo. Lo que usted siente es miedo, porque me ve como una aparición - lo que realmente soy en cierto modo - aunque no de las convencionales. Y le da miedo mi capacidad de leer en su pensamiento y de conocer su pasado, etc. Pero todo ello no debe preocuparle. No pretendo aprovecharme de esa ventaja ni debe pensar que es usted el mayor ni el único pecador del mundo. No. Todos cometemos errores. De otro modo no estaríamos evolucionando. Así que lo único que hemos de hacer es recapacitar, arrepentirnos de los fallos, alegrarnos de los aciertos y seguir adelante habiendo aprendido las lecciones.

- ¿Usted también, digamos, peca? - preguntó el presidente con timidez pero con curiosidad.

- Por supuesto. Ya le he dicho que soy un hombre y un hombre en evolución. El hecho de que esté un poco más avanzado que usted no supone que sea perfecto. ¿Por qué ha de considerarse normal la diferencia entre un zulú y usted y no la existente entre usted y los que hemos dado un paso más? ¿A quién iba destinado aquello de "al que más tenga más se le exigirá y al que menos tenga hasta eso se le quitará"? Precisamente a los que, como yo, hemos avanzado un poco más deprisa. Todos estamos embarcados en la misma nave, todos hemos de remar y eso es, principalmente, lo que deseo llevar al ánimo de usted y de mis interlocutores que van a seguirle.

- ¿Pero qué pretende de nosotros los políticos?

- Sólo tres cosas muy sencillas.

- ¿Nada más? ¿Cuáles?

- Que no mientan, que piensen en los gobernados como si fuesen sus propios hijos y que no consideren a los adversarios políticos como enemigos personales a los que hay que destruir, sino como colaboradores en el mejoramiento de todos.

- ¿Sólo eso?

- Sólo eso. Tenga en cuenta que cuanto mayor es el problema, más sencilla es la solución.

- ¿Y cree usted que con eso que nos pide cambiará algo?

- Por supuesto. Lo cambiará todo. Pero es difícil.

- Yo no lo veo tan difícil - dijo ilusionado el presidente.

- Vamos, entonces, a estudiar, una por una mis tres peticiones.

- De acuerdo.

- Primera: que no mientan.

- Es fácil. Si todos lo hacemos, resultará muy fácil.

- ¿Ve usted? Ya tenemos aquí la primera dificultad. Porque está condicionando su actuación futura a que todos la cumplan. Y yo no le estoy pidiendo que los demás la cumplan, sino que lo haga usted. Usted debe preocuparse de su propia responsabilidad y de su propia actuación, que es de lo que tendrá que responder. Y que los demás hagan o no lo mismo no debería preocuparle. Si usted no miente y no engaña a sus colaboradores ni a sus votantes ni a sus gobernados ni a sus adversarios políticos, yo le aseguro que dormirá muy tranquilo y que su franqueza le dará fuerza y autoridad y seguridad y felicidad y ayuda de arriba, porque hay una ley natural que hace que el mal, inspirado en el egoísmo, se destruya a sí mismo, mientras que el bien, inspirado en el amor, se aglutine y aumente.

- Pero es que, si yo lo cumplo y los demás no, entonces ellos podrán engañar a la gente y obtener más votos y hacerse con el poder y aplicar sus programas y no los míos, que yo creo que son mejores para el país.

- ¿Y si miente, les irá mejor a usted y al país? Comprenda que entonces, lógicamente, todo se reduce a una carrera para ver quién miente más, quién engaña más, quién defrauda más, quién promete más para incumplir luego más, quien es más astuto, que no más inteligente; quién es más hábil, que no más capaz; quién es más inmoral, que no más modélico... ¿es eso lo que considera el sumum de la felicidad para usted y para su pueblo? ¿No será más cierto que pone usted su ambición de poder por encima de los intereses de ese pueblo en el cual se escuda para ejercerlo del modo más absoluto posible? Porque eso es lo que yo leo en su pensamiento, si bien, formando parte aún de su inconsciente, pero arraigando ya en su consciente.

- Bueno, quizá sí. Pero eso debe ocurrirles a todos, supongo...

- Eso no le justifica a usted que - como le he dicho, y habiendo comprobado con mi presencia y esta conversación, que hay otros planos de existencia, que se le está observando por miles de seres continuamente, es decir, que nunca está solo, como no lo estamos nadie, y que mueve, sin saberlo, energías que afectan a mucha más gente de la que cree -, debería razonar de modo más maduro. ¿Qué he de hacer para que se dé cuenta de que quien responderá de su actuación será sólo usted?

- Eso lo comprendo. Pero...

- Lo comprende intelectualmente, pero no acaba de creerlo... ¿conoce usted la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro?

- Sí, claro.

- ¿Y recuerda qué le respondió Abraham a Epulón cuando, desde el infierno, le pidió que enviase a Lázaro, ya en la gloria, a sus hermanos, aún en el mundo,

para que les dijese que el cielo y el infierno eran verdad y que lo tuviesen en cuenta?

- Sí.

- ¿Qué le contestó?

- Pues que no le harían caso. Y que para eso, precisamente, había enviado, en su momento, a Moisés y a los profetas.

- ¿Verdad que cuando leyó por primera vez esta parábola le pareció imposible que, si iba Lázaro, en persona, desde el cielo, a decirselo, no le creyeran?

- Sí. Lo recuerdo así.

- Pues a usted le está pasando ahora lo mismo.

- Ya lo veo.

- Mire. Usted tiene en sus manos la posibilidad de dar un paso impresionante en su propia evolución, si actúa de acuerdo con las leyes naturales, que no son sino las contenidas en el Decálogo de Moisés o, mejor, las resumidas, en el mandato de Cristo, "ama a tu prójimo como a ti mismo".

- ¿Por qué yo, precisamente?

Usted no es presidente por causalidad, ya que la casualidad no existe. Lo es porque en su evolución se ha hecho acreedor a ello. Es decir, ha merecido esa oportunidad casi única. Y sobre usted, aunque no lo sepa, se enfoca una enorme cantidad de energía positiva, pero también negativa. Y está en su mano aprovechar la primera o, dejarla pasar y aferrarse a la segunda. Con la diferencia de que, en el primer caso, disfrutará las consecuencias positivas dando un salto hacia delante en su evolución y renaciendo la próxima vez más capaz y más evolucionado; y, en el segundo, cargará con las consecuencias negativas que pueda producir con su actuación, y regresará probablemente a un estadio evolutivo comparable al de los asesinos, los violadores o los desamparados, para tener que empezar de nuevo, a lo largo de muchas vidas, el ascenso hasta el punto en que hoy se encuentra, a costa de dolores, enfermedades, problemas y luchas sin cuento. ¿Tan difícil le resulta comprender eso?

- No. Lo comprendo perfectamente. Y estoy impresionado.

- La evolución, amigo mío, no va a saltos. Va muy lentamente. Lo cual quiere decir que, antes de llegar a presidente de un país, ha tenido que pasar por otras muchas situaciones y actividades y, entre ellas, yo veo en su pasado, retrocediendo en el tiempo, la de gobernador, la de general, la de abadesa de un convento, la de contrabandista, la de madre de familia, la de soldado de fortuna, la de comerciante, la de usurero, la de echadora de cartas, la de tratante de esclavos, la de proxeneta, la de criminal a sueldo, la de prostituta, la de esclavo... ¿le basta?

- ¡Es horrible! ¿Todo eso he sido yo?

- Su espíritu, revestido cada vez con cuerpos más o menos evolucionados y aptos y capaces. Todo eso y mucho más, mucho más primitivo y desagradable cuanto más atrás. Y repetido muchas veces, puesto que no siempre acertó con el camino recto. Pero no se preocupe; nos ocurrió a todos. Y, cada vida, nacemos condicionados por las limitaciones que en nuestra existencia o existencias anteriores nos hemos impuesto con nuestras propias actuaciones. Ésa es la maravilla de la justicia divina, la perfecta justicia, ya que cada cual tiene todo y sólo lo que ha conseguido por su propio esfuerzo. ¿Le parece que vale la pena echar por la borda una evolución así y unos millones de años y unos miles de vidas? Porque, claro, cuanto más importante es el papel que desempeñamos, más personas se ven afectadas por nuestros actos y mayor es la responsabilidad que contraemos, ya que se nos supone más capaces también.

- ¡Todo esto es abrumador pero tan lógico...!

- Claro que lo es. Pero usted, y mis futuros interlocutores, se han hecho dignos de disponer de una ocasión única, adicional, además de la de ser dirigentes, que consiste en poder tener esta conversación. Hasta ahora, nadie había disfrutado de un trato de favor de tal trascendencia. Pero también su responsabilidad, si fallan, será mucho mayor. Y dése cuenta de que apelo sólo a las tres condiciones expuestas y le hablo de su propia evolución y su propia responsabilidad y no del desprendimiento que exige el mandato de Cristo de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, para el cual la mayor parte de ustedes aún no están preparados.

- Estoy anonadado. Es que esto cambia mis puntos de vista sobre todo. Yo lo tenía bastante claro, pero ahora me habla usted de mi propia evolución y...

- A usted, en buena ley, no debería preocuparle su propia evolución, sino el hacerlo lo mejor posible para que sus súbditos y los que se puedan ver afectados por sus actos, tengan las mejores oportunidades posibles de amarse, de olvidar los odios; de ayudarse; de colaborar; de ilusionarse con la vida que, dicho sea de paso, es maravillosa; de sentirse importantes en el engranaje del país y del mundo todo; de ver a los demás hombres como hermanos, empeñados en la misma empresa; de ser conscientes de que todos necesitamos ayuda y amor y compañía y que todos podemos proporcionárnoslos; de que Dios es un padre amoroso que está permanentemente esperando - ¿recuerda la parábola del Hijo Pródigo? - que elevemos nuestro corazón a Él para ayudarnos; de que formamos parte de Dios; de que somos como células de Su cuerpo - recuerde que "en Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser"; - de que no hay castigo de Dios y, menos aún eterno, sino amor y ayuda y guía para que recorramos, armados con nuestro libre albedrío, nuestra mente y nuestra voluntad, regalos Suyos, el sendero de la evolución, y desemboquemos en un estadio divino, la Casa del Padre, ya que estamos hechos a imagen y

semejanza de Dios; y malos dioses creadores de mundos llegaríamos a ser si no conociésemos primero cómo son y cómo funcionan y cómo se manejan...

- ¡Es todo tan maravilloso...!

- Lo que debe preocuparle - prosiguió el visitante - es cambiar lo que se deba cambiar, acomodar las estructuras para la elevación educacional, cultural y espiritual de su pueblo, dejando al margen los intereses materiales que, al fin y al cabo, no son sino medios para el progreso y nunca fines en sí mismos. Debe preocuparle obtener la confianza de su pueblo, ya que gobernar es convencer; ilusionarlo, aunarlo en quehaceres trascendentes; fomentar el sentido de grupo, de interdependencia, de ayuda, como cosa natural, como integrante de la conciencia colectiva. Lo que debe buscar es que cualquier necesidad la sientan todos como propia y cualquier problema sea de todos y cualquier hallazgo lo compartan todos. Ilusione a su pueblo. Ninguna gran obra se ha realizado, a lo largo de la Historia, sin ilusión. ¿me comprende?

- Sí. Y es maravilloso. Pero, ¿cómo puedo hacer yo todo eso?

- Ya se lo he dicho: cumpliendo las tres condiciones. Lo demás vendrá por añadidura, como un subproducto. Porque, si las cumple, su intuición irá creciendo y usted irá comprendiendo más y conociendo más y aspirando a más.

- Estoy de acuerdo. Me comprometo firmemente a no mentir ni engañar.

- ¿Es consciente de la serie de calumnias, difamaciones, descalificaciones y persecuciones que han presidido los últimos tiempos de la vida española y en los cuales ha tomado usted parte activa?

- Sí, lo reconozco y soy consciente de ello.

- ¿Ha caído también en la cuenta de que, si ofrece un programa a sus electores, lo honesto es cumplirlo escrupulosamente o justificar ante ellos los motivos de no hacerlo pues, de otro modo supone un fraude que va siempre en menoscabo de la credibilidad de los representantes del pueblo, lo cual lo empobrece y lo priva de modelos, de ideales, de incentivos y de ilusión?

- Sí, por supuesto.

- Veo en su aura que, además, está viendo claro que los errores o las ilegalidades no se justifican diciendo que los otros también las cometieron. Ya que ello desorienta al pueblo, le hace desconfiar de los políticos y las instituciones todas del estado y pone en peligro la continuidad del mismo. Por lo tanto, no insistiré en ese sentido. Vamos a estudiar la segunda condición.

- Ésa es más fácil, ¿no? - preguntó ilusionado el presidente.

- Usted sabrá. Supone que no anteponga nunca los intereses personales o de partido o de grupo o de ideario a los problemas de los súbditos. Usted haría cualquier cosa por sus hijos, ¿verdad?

- Sí, claro.

- Pues eso mismo debe usted acostumbrarse a hacer por todos sus súbditos, sin distinción ninguna, incluso por los que se le oponen o lo combaten o, incluso, lo calumnian o lo ofenden. ¿Lo sigue viendo fácil?

- Pensándolo bien no, no es fácil. Pero, sabiendo que cuento con la ayuda de arriba, como usted dice, y conociendo todo lo que estoy conociendo, me siento con fuerzas para intentarlo honestamente. Puedo intentar ser como un padre para todos...

- Ojo. Un padre, pero consciente y responsable.

- ¿Qué quiere decir?

- Que debe siempre tener presente que el mayor peligro, cuando se ostenta el poder, sea en la familia, en la empresa o en la política, consiste en discurrir por la senda de la intransigencia, del "mando y ordeno", del "yo estoy en lo cierto y los demás no" o del "porque lo digo yo que para eso mando". El gobierno más nefasto es el dictatorial, porque lo más sagrado del hombre es su libertad individual. Tan sagrada es que ni el propio Dios osa contrariarla. Si Dios lo hiciese, nosotros no seríamos más que simples marionetas sin ninguna intervención en nuestra propia vida y sin posibilidad de aprender nada y, por tanto, de evolucionar. Lo comprende, ¿no?

- Sí, es lógico.

- Pues medite sobre ello. Y aplíquelo, porque usted es un instrumento para la evolución de su pueblo. Y, si no hay dos hombres iguales porque cada uno de nosotros llevamos auestas miles de vidas distintas en distintas condiciones, grupos, razas, religiones y épocas, no es lógico pretender que todos piensen igual ni actúen igual ni reaccionen igual ante cualquier estímulo, acontecimiento o idea y, menos aún, igual que uno mismo.

- Sigue siendo lógico.

- Por tanto, lo que un gobernante debe hacer es dejar que la riqueza que supone la variedad siga siendo riqueza. Y eso sólo se puede conseguir con libertad, con amor, con comprensión y sin más límites que los que hacen posible la convivencia. Todos los partidos políticos, todas las doctrinas, todos los movimientos responden a necesidades que los hombres sienten y, generalmente, se les coartan. Si se actúa con amor, con deseo de comprender y de compartir, esas limitaciones desaparecen y la riqueza que el intelecto y el corazón humanos atesoran se pueden deramar en bien de todos. Si nos diferenciamos fundamentalmente de los animales en que pensamos y hablamos, ¿no le parece lógico que lo hagamos y cuanto más mejor?

- ¿Entonces, cuál ha de ser el papel de un gobierno?

- Comprender que todo lo que tienda a elevar el nivel de la Humanidad intelectual, espiritual, moral, filosófico, cultural, artística, o científicamente es reli-

gioso y positivo. Dejar crecer las iniciativas que tengan por meta el bienestar, la colaboración, la fraternidad y la vida espiritual porque, queramos o no, somos todos espíritus inmortales en evolución y no basta negarlo para que deje de ser así. Por tanto, cuanto antes se concencie la sociedad de ello, más fácil será el camino para todos. Dios está en todos y todos estamos en Dios. Pero está latente, esperando nuestra llamada para ayudarnos. Si, en vez de ello, nos inclinamos por el materialismo que niega lo que no sea materia pero no sabe nada sobre la materia, sino que es transformable en energía, lo cual demuestra que la materia no existe como tal, caminaremos a ciegas, con los problemas que estamos viendo en nuestra época a nivel mundial. La base del problema está sólo ahí.

- ¿Dónde?

- En la lucha entre el espíritu y la materia y, por tanto, entre los que sabemos y utilizamos el espíritu y nos consta que es inmortal y evolucionante y que, por tanto, renace incesantemente para avanzar en esa evolución, y los que no creen en su existencia y creen sólo en la vida terrena y, consecuentemente, buscan sólo los bienes materiales, lo que, lógicamente, conduce al egoísmo y, por su plano inclinado difícilmente evitable, a los abusos de poder, tanto político como económico, social, religioso o cultural. ¿Lo comprende?

- Perfectamente.

- ¿Está, pues, en condiciones de aceptar la segunda exigencia?

- Sí. Rotundamente, sí.

- Pues pasemos a la tercera: "que no considere a sus adversarios políticos como enemigos personales a los que hay que destruir, sino como colaboradores en el mejoramiento de todos". Como verá esta condición está ya implícita en la anterior, porque sus adversarios políticos se cuentan entre sus súbditos. Pero he querido diferenciarlas para que usted se convenza de que, si el gobernante es bueno, todos los regímenes, excepto las dictaduras, son buenos, aunque el ideal sería el que sugería Platón, el mandato de los sabios, es decir, de los que saben, los más evolucionados. Pero, mientras eso llega, hay que solucionar los problemas de hoy.

- Pero, ¿cómo?

- ¿Está usted convencido de la importancia de la confianza en sí mismo y en las propias capacidades y en el futuro, para cualquier hombre?

- Sí, claro.

- Pues todo ello es igualmente válido para los países. Si creamos la sensación de que todo va mal, de que los políticos son corruptos, de que no hay esperanza, sólo con el fin de conquistar o conservar el poder, esa sensación de incapacidad y de derrotismo crece y se fomenta en el alma de la gente y se proyecta luego sobre quien ostenta el poder, como consecuencia de la Ley de Retribución. Lo cual no sería especialmente grave si quedase ahí, pero el efecto de que el pueblo haya

perdido la fe en las instituciones y en las autoridades y en los ideales y en las jerarquías, eso queda y se retroalimenta y puede conducir a la falta de confianza, al egoísmo sumo, al materialismo y, en fin, a la ley de la selva. Urge devolver al pueblo la ilusión, la fe, la confianza, no en usted y los suyos sino en todos los que dedican su vida a la política, a las finanzas, a la religión, a la judicatura, a la cultura, a la docencia o al arte. Hacer desaparecer la manía, convertida últimamente en sistemática, de desmitificar, calumniar, hurgar en el error ajeno para justificar el propio, realizado conscientemente, etc. ¿Se da cuenta del problema?

- Sí. Pero ¿no exagera usted un poco?

- En absoluto. ¿Le gustaría que le expusiese la impresión que la actuación política española de los últimos años ha dado a la Jerarquía de iniciados?

- Sí. Me gustaría mucho - respondió el presidente tras una breve vacilación.

Pues allá va: La oposición ha desorientado al pueblo: primero, criticando duramente todo lo que hacía el gobierno, con o sin fundamento. Y luego, ya en el poder, haciendo lo mismo que criticaba. Y, cuando la oposición, amparada otra vez por los votos, le ha pedido cuentas, el argumento definitivo del poder ha sido: "y usted más". A usted le consta, sin embargo que el asunto no es ése. El asunto es : ¿eso es correcto? Porque, si no lo era antes, y por eso la oposición lo criticaba, tampoco lo es ahora. Y ese modo de hacer política ha desmotivado y desilusionado al pueblo y le ha hecho desconfiar de los políticos que, para la mayor parte, se han convertido mentirosos, hipócritas, advenedizos, egoístas y corruptos y, lo que es peor, de las instituciones. Y así, desde la misma Presidencia del Gobierno hasta los tribunales, pasando por los ministerios, los partidos, los sindicatos, la iglesia, etc., todos han quedado tocados. Y costará generaciones hacer que recuperen el prestigio y la autoridad que nunca se les debió socavar. Lo legítimo y aún aconsejable y necesario es perseguir a los corruptos en el poder, propios o extraños, pero no privar al pueblo de instituciones y órganos y personalidades que sirvan de modelo a todos y minar irresponsablemente el respeto a la autoridad legítima. ¿Lo ve usted así también? ¿Se da cuenta?

- Me doy cuenta. Pero - inquirió tras un breve silencio reflexivo -, ¿de verdad cree usted que llegará el gobierno de los sabios?

- Está previsto en el Plan Divino. Y es lógico. Pero cuando todos los hombres hayan admitido que ha existido siempre y existe, en un nivel superior, un gobierno oculto del mundo, que está constituido por Maestros elevadísimos e Iniciados, que se ocupa permanentemente de enfocar energías sobre las personas, instituciones y organismos más convenientes para la mejor evolución humana, siempre teniendo un cuidado exquisito para no interferir en el libre albedrío de cada hombre y de cada pueblo, pero ayudando, sugiriendo, lanzando ideas constructivas y nuevas que rompan, si procede y con el menor traumatismo posible, los moldes anticuados, y

creen otros apropiados a las nuevas circunstancias. Desde su punto de vista personal, le puedo asegurar que tiene usted una oportunidad única que, si la desaprovecha, tardará muchas vidas en recibir de nuevo.

- ¿O sea, que es preciso cambiar?

- La vida es un continuo cambio. Todo el cosmos está lleno de vida, es vida. Y todo lo vivo está en movimiento. Pero el movimiento significa un desgaste, una cristalización de vehículos, de formas, de sistemas, de procedimientos, dado que al cambiar la vida, llega un momento en que los medios antiguos ya no sirven y, si queremos seguir evolucionando, hemos de crear nuevos instrumentos de manifestación y de funcionamiento. Ésa es la razón última de la muerte. ¿Comprende ahora dónde está la raíz, la causa de las guerras y revoluciones? Claro que, si los gobernantes hubieran siempre cumplido las tres condiciones que le he expuesto, la historia de la Humanidad hubiera sido muy distinta. Porque las estructuras cristalizadas e insuficientes que han dado lugar a las guerras y se han ido suprimiendo traumáticamente con ellas, podrían haberse ido renovando en paz y sin tanto dolor. Pero hasta nuestros días el desarrollo mental de los dirigentes no ha sido el apropiado para verlo así. Y tampoco el de las gentes en general estaba lo suficientemente desarrollado para llevar a cabo una operación como la que pretendemos ahora.

- ¿Y ahora, sí?

- Hoy, mediante la información que proporcionan la enseñanza generalizada y los medios de comunicación, y la diversidad de opiniones al alcance de todos, y las posibilidades que el individuo tiene de sacar sus propias conclusiones sobre cualquier tema, sí que es posible hablarle a la Humanidad en otros términos. Porque ese adelanto lleva consigo el que una gran parte de ella esté ya preguntándose qué sentido tiene la vida y esté pidiendo respuestas que no se le saben dar por las estructuras académicas, culturales, sociales ni religiosas, que se han anquilosado porque ya no funcionan con la debida agilidad y eficacia en las circunstancias actuales.

- Visto todo así, resulta verdaderamente atrayente.

- Y lo es. Y más para los gobernantes. Tenga siempre presente que, aparte de que en los planos superiores se pone fe y esfuerzo en ustedes y se enfoca en su favor mucha energía y, por tanto, se les está observando permanentemente - aunque desde un punto de vista totalmente distinto de lo que usted pudiera pensar y tendiendo sólo al bien de la Humanidad en su conjunto - sus súbditos se miran en ustedes e inevitablemente tratan de imitarles y de compartir sus ideas y de hacer propias sus opiniones y sus creencias. Y eso supone una responsabilidad añadida. ¿Le parece cumplible la tercera condición?

- Sí, claro. Pero, - continuó dubitativo - si son mis adversarios...

- Antes que sus adversarios son sus hermanos. Y tenga en cuenta que la Humanidad ha de evolucionar toda, más o menos, a la misma velocidad y que todos

somos "el custodio de nuestro hermano"; es decir, que los más avanzados han de tender la mano a los rezagados para elevarlos a su nivel. En todos los campos: cultural, económico, social, político, religioso, científico, etc. Ya se lo he dicho: la única manera de evolucionar en el sentido correcto estriba en servir amorosa y desinteresadamente al prójimo. Y prójimo lo es cualquier hombre y hasta cualquier ser viviente. No es, pues, esta cuestión algo que concierna exclusivamente a las iglesias, sino a todos. Y es significativo y debería causar, tanto a los políticos como a las iglesias, cierto rubor, ese movimiento, ya imparable, de las ONGs, que han percibido el mensaje antes que ustedes que, con la excusa de ayudar, cada uno a su pueblo, los hacen luchar y masacrarse innecesariamente. Y es que la necesidad crea el órgano. Y si los gobiernos, que son los elegidos para ello, no saben hacer frente a las demandas sociales, la propia sociedad creará, y está creando, los órganos apropiados para subvenir a esas necesidades. Y entonces, ¿qué papel tendrán los gobiernos? ¿No se dan cuenta de que la sociedad avanzada espiritualmente está prescindiendo de ustedes y está tomando en sus propias manos la resolución de los problemas que la aquejan?

- Me deja atónito, pero tiene toda la razón. Y está todo tan claro que hasta parece fácil.

- Tenga presente que esta tercera condición lleva consigo el ceder el gobierno a otro partido si se demuestra más preparado, más imaginativo o más inclinado a fomentar el bien común y es capaz, por ese camino, de ganar las elecciones. Y tenga en cuenta que "bien común" significa eso: la mayor igualdad de oportunidades posible, la asistencia a los menos favorecidos por cualquier circunstancia que sea, el respeto más profundo a todos los miembros de la sociedad, el sacrificio libre y voluntario de los poderosos en favor de los débiles...

- Lo he pensado - interrumpió el presidente - Y he comprendido el mensaje.

- Magnífico, porque, cuando una cosa se comprende bien, siempre es fácil, ya que entonces los problemas dejan de serlo. Y los problemas dejan de serlo porque se conoce la solución. Ocurre como con los milagros: que sólo lo son para el que no sabe hacerlos - añadió sonriendo el visitante.

- ¡Claro!

- ¿De acuerdo, pues, con la tercera condición?

- De acuerdo. Créame que me siento lleno de ilusión y de luz y de ganas de empezar esta etapa de mi vida tan...tan...¿cómo diría yo?

- ¿Sugestiva?

- Eso. Sugestiva. Sugestiva y prometedora. Y desafiante... - añadió pensativo.

- Pues, adelante. Luz y ayuda no le han de faltar...

Interrumpió su frase para decir escuetamente:

- Perdona un momento, pero está ocurriendo algo importante en la autopista próxima.

Dicho esto, desapareció, se desvaneció ante los ojos atónitos del presidente, que quedó inmóvil, mirando la silla vacía. Apenas transcurridos unos segundos, ésta volvió a estar ocupada y el visitante continuó, como si nada hubiese sucedido:

- Le decía que luz y ayuda no le han de faltar, siempre que se mantenga usted positivo. Porque las fuerzas del mal, que existen y son las que, desde los tiempos atlantes se separaron de las de la Luz y se inclinaron por el materialismo, no cesarán de acosarle y aprovecharán cualquier duda, cualquier error, para colarse en su subconsciente y aún en su consciente y hacerle desviarse de la línea correcta. Tenga en cuenta que, así como las Fuerzas de la Luz jamás interfieren en la libertad del individuo, las Fuerzas Negras sí que lo hacen. Pero tenga presente también aquella ley natural que le enuncié al principio: que el mal se destruye a sí mismo, mientras que el bien se aglutina y crece. La lucha es, pues, real y permanente y cruenta. Y se libra, no sólo en el interior de cada hombre, sino en la familia, en la sociedad, en los negocios, en la ciencia, en la cultura, en la política, en la religión y en los gobiernos de cualquier tipo. Y hasta en los planos superiores.

- Si cuento con la ayuda incondicional de arriba... - comenzó a decir el presidente.

- No. No se confunda - cortó el visitante - La Jerarquía no tiene protegidos ni amigos ni ventajas para nadie. Como encargada que es de la evolución de toda la Humanidad, aprovecha en cada caso al hombre o a los hombres más aptos para el trabajo de que se trate. Por lo tanto, nuestro esfuerzo ha de consistir, a todos los niveles - familiar, laboral, social, cultural, económico o religioso -, en estar siempre en disposición de ser utilizados para que, a nuestro través, se canalicen las energías divinas en beneficio de todos. Por tanto, y como el plan divino ha de seguir adelante y se ha de cumplir, si usted no sintoniza con esos ideales, se utilizará para ese trabajo a otro que ofrezca mejores posibilidades para fomentar el adelanto común. Sobre todo, mucha atención a los medios de comunicación, el principal instrumento del cambio ya que, hoy por hoy, son quienes crean la conciencia colectiva. Deje que se expresen, que profundicen en lo positivo, que divulguen sus hallazgos. No trate nunca de mediatizarlos, aunque sienta la tentación. Es un modo nefasto de gobernar, ya que priva de libertad a los hombres, que deben ser capaces de pensar por sí mismos y de hacer sus propios descubrimientos, sobre todo los internos. Que en eso, al fin y al cabo, estriba la evolución.

- Lo tendré presente. - respondió, impresionado, el presidente.

- Quisiera recomendarle que cada día dedique un tiempo a meditar y recibir energía e iluminación para tomar las decisiones que a usted, cumpliendo esas tres condiciones, le parezcan las correctas. Y una cosa más o, mejor, dos.

- ¿Cuáles?

- Que todo lo que hemos hablado quede estrictamente entre usted y yo.

- ¿No podría... - empezó a decir el presidente.

- No. Su mujer no es presidenta del gobierno. No es ella la persona sobre la que se enfocan las energías de que le he hablado. Esto es algo muy serio. Comprometería usted una operación de nivel cósmico si cometiese la indiscreción de comentar con alguien lo que hemos hablado. Y dejaría de recibir la ayuda prometida. Ésa será su prueba de lealtad. Usted actúe como hemos convenido y se asombrará de cómo sus compañeros de gobierno y de partido y sus familiares y amigos le siguen. Y, si permanece fiel, hasta el país. Esto mismo lo voy a pedir a cada una de las personas que pienso visitar.

- ¿Entonces, si nos reunimos...?

- Si se reúnen, cosa que tendrán que hacer con más frecuencia que hasta ahora, podrán hablar sobre todo esto y elaborar conjuntamente, porque llegarán a ello, las líneas de actuación más convenientes para todos. Pero cada cual deberá, en su puesto, actuar con entera libertad, aunque ateniéndose a lo convenido. Es, pues, una labor individual con efectos globales. Yo le informaré, cuando termine mi trabajo, de las personas con las que he hablado, aunque no le diré ni el contenido de nuestras conversaciones que, como puede suponer, serán similares a ésta, ni las conclusiones obtenidas. Y lo mismo haré con todos ellos, de modo que todos sepan con quiénes pueden contar.

- ¿Entonces, le volveré a ver?

- Me verá sólo con ese fin. Pero no me considere como un consejero permanente. Mi misión consiste solamente en despertar sus mentes y sus espíritus para que ustedes mismos eviten más desastres a los hombres.

- Pero, ¿y en los demás países?

- De momento, el experimento se va a hacer sólo en España, ya que he sido yo el que ha propuesto la idea y se ha ofrecido a llevarla a cabo. Pero se observará y analizará con toda atención lo que suceda. Y, si los resultados son los que se esperan, se llevará a cabo, simultáneamente, una operación similar en cada país. O sea, que los dirigentes españoles deben ser conscientes de que, en cierto modo, tienen en sus manos el futuro inmediato y aún mediato de la Humanidad. Cosas análogas han ocurrido otras veces a lo largo de la historia, cuando nuestro desarrollo era inferior y eran los "dioses" los que tomaban las riendas y decidían, pero ésta es la primera en que los protagonistas, o sean, los gobernantes, son conscientes de lo que la Humanidad se juega.

- ¿Podré, de algún modo, conectar con usted?

- No. Navegue solo, como cada hombre. Como estaba navegando cuando yo aparecí. Pero con unos conocimientos que antes no tenía y una ayuda y una luz que antes tenía, pero ignoraba. Nunca estará solo, pero no podrá evocarme ni pedir mi colaboración. Yo no soy gobernante ni político. Ni ninguno de mis compañeros. Ni lo pretendemos. Sólo queremos el bien de la Humanidad y que viva una evolución lo menos accidentada posible. Así que, amigo mío, hasta siempre.

Dicho esto, el visitante desapareció de la vista del presidente. Éste en un estado indefinible, mezcla de intensa fe, de confiado miedo y de tenue duda, quedó inmóvil y pensativo. De repente, descolgó el teléfono y pidió ser conectado con los vigilantes de la puerta.

- ¿Diga?

- Soy el presidente.

- A sus órdenes.

- Óigame, ¿ha sucedido algo en la autopista hace pocos minutos?

- Sí, señor. Un autobús lleno de turistas se ha quedado sin frenos mientras bajaba hacia Puerta de Hierro. Estuvo a punto de precipitarse sobre toda la fila de turismos que, procedentes de la Ciudad Universitaria, pretendían acceder a la autopista, aquí, frente al palacio. Hubiera sido una catástrofe. Pero, afortunadamente, se le han reventado simultáneamente las ruedas traseras y eso lo ha detenido casi en seco y ha evitado la colisión. Se ha parado sólo a dos o tres metros de los turismos. Ha sido un verdadero milagro, pero todo el mundo ha resultado ileso...

- Gracias - interrumpió el presidente, mientras colgaba el teléfono. Quedó anonadado, inmóvil, y sintió como una oleada de calor y energía, que le recorría toda la espina dorsal y lo llenaba de una alegría interna, de una sensación de felicidad, de plenitud, de bienestar, de fe, de ilusión... Hasta tuvo la certeza de que su amigo visitante se encontraba a su lado y lo estaba envolviendo en aquella aura de energía positiva. Posó la mirada sobre su mesa de trabajo y, con gran sorpresa, descubrió frente a él una nota con el siguiente texto manuscrito ¡de su propia letra!:

*1.- No mentir.*

*2.- Tratar a todos los hombres bajo mi autoridad, como a mis propios hijos.*

*3.- No considerar a mis adversarios políticos como enemigos personales a los que hay que destruir, sino como colaboradores en el mejoramiento de todos.*

La leyó cuidadosamente con gran respeto y se preguntó por qué habría subrayado una frase. Tras breve reflexión, tomó el teléfono, contactó con el ministro

con el que había despachado poco antes de la llegada del visitante y, una vez en línea, le dijo escuetamente:

- Olvida todo lo que hemos hablado hoy.

- Pero...

- Olvidalo. No ha existido.

Y colgó con una sonrisa de satisfacción.

## **2. Lo más difícil**

La Conferencia Episcopal había concluido su reunión. Los asistentes se disponían a levantarse de sus asientos cuando oyeron una voz desconocida:

- Siéntense un momento, por favor.

Todos dirigieron su mirada al que hablaba. Un hombre de edad madura, vestido de seglar, con barba entrecana y recortada y rostro bondadoso. El Presidente se apresuró a preguntar:

- ¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le ha autorizado?

- No me ha autorizado nadie - respondió el visitante - He venido en cumplimiento de una misión.

¿Qué clase de misión puede tener un seglar en esta asamblea? - exclamó, indignado, uno de los presentes.

- Todos somos hijos de Dios por igual. No se pongan nerviosos. No pretendo nada que no podamos hablar tranquilamente.

- ¿Cómo ha entrado aquí? - quiso saber otro, mientras el asombro y la indignación se iban generalizando.

- No he entrado. Simplemente, me he materializado. Así.

Todas las miradas se centraron en el visitante que, ante sus ojos, desapareció y, a los dos segundos, volvió a aparecer. La sensación que ello produjo fue indescriptible, desde la de los que pensaron en un santo hasta los que sospecharon un fraude. Al fin, el presidente, entre admirado e indignado, se atrevió a preguntar:

- ¿En nombre de quién viene usted y para qué?

- Eso me parece ya más razonable - dijo el visitante - y continuó:

- No piensen que soy un santo, ni un ángel, ni tampoco un demonio ni nada parecido. Soy simplemente, un iniciado.

El estupor se reflejaba en todos los rostros. El intruso continuó:

- Soy un hombre normal, sólo que he evolucionado un poco más y poseo facultades que todos ustedes conseguirán, pero aún no han alcanzado. Aunque